



En la clausura del XXI Congreso extraordinario del Partido Comunista francés, celebrado en Vitry-sur-Seine, cerca de París, los asistentes, puestos en pie, entonaron «La Marsellesa» seguida de «La Internacional». En la tribuna figuran —de izquierda a derecha— los señores Paul Laurent, Georges Séguy, Benoit Franchon, Etienne Fajon, Roland Leroy, Georges Marchais y Jacques Duclos.

ordinario del partido comunista de Francia, Marchais anunciaba su negativa a acudir a la llamada del Presidente de la República, al mismo tiempo que anunciaba lo que podía considerarse como un endurecimiento del partido comunista. Mitterrand no ha vacilado en declarar: «Estoy sorprendido de la decisión de Georges Marchais de no acudir al Elíseo. Cuando salí de París, hace una docena de días, tenía aún en la memoria las frases de Marchais, pronunciadas hace un par de meses, según las cuales contaba con aceptar la invitación de Giscard d'Estaing». Frase que indica que quizá el principio de disensión en las fuerzas de la izquierda, que busca la derecha, en el poder tiene alguna base. Pero Mitterrand ha aceptado la decisión unilateral de Marchais, y ha indicado que él tampoco acudirá a la entrevista presidencial: lo mismo ha hecho el partido radical, de manera que la izquierda unifica sus puntos de vista en esta cuestión y se descarta la posibilidad de una colaboración relativa de la oposición con el poder, o del estilo de «democracia anglosajona», que pretendía —o parecía pretender— Giscard. La izquierda toma en este caso posiciones que considera ventajosas: que sea la derecha sola la que se enfrente con las medidas impopulares que pueda requerir la situación de crisis económica en el país, sin contar con la coartada de la consulta a la izquierda. En principio, la negativa tiene ya un motivo inmediato: la falta de objetividad que el poder ejerce desde los medios de radio y televisión, a partir de las

reformas, que han convertido la antigua ORTF en un organismo semiprivado. La selección de dirección y personal que se ha hecho y los programas políticos que se están emitiendo ya parecen desmentir los propósitos de neutralidad y de «democracia anglosajona» que anunciaba Giscard. En cuanto al llamado endurecimiento del partido comunista francés, según los resultados de su XXI Congreso extraordinario (intervenciones y resolución final), parece que se hace en dos sentidos diferentes: frente a sus propios camaradas de coalición, socialistas, y frente al poder actual. Con respecto a los socialistas, los comunistas parecen dispuestos a no permitir que éstos obtengan la hegemonía del movimiento conjunto: los párrafos en los que subraya que la unión de la izquierda debe reforzarse sin permitir a sus aliados realizar «actividades que puedan participar en las tentativas de reducir la influencia del partido comunista francés» lo indica así. Y contra el poder, en el sentido de recoger sus desafíos.

En este sentido, el partido comunista se encontraba también en una situación difícil. La moderación verbal y programática de que ha estado haciendo gala en los últimos años, hasta llegar a la coalición y la creación de una imagen electoral (es decir, que puedan aceptar los electores de la izquierda no comunista) podía hacerles perder su consideración de «vanguardia del proletariado», como ha pretendido ser siempre y en todo lugar el partido comunista. La fórmula hallada se em-

parenta en cierto modo con la propuesta por los comunistas portugueses en su también reciente Congreso: participar en la vida democrática y abrir todas las vías posibles para conseguirla, prescindiendo de la implantación de la dictadura del proletariado, e incluso de cualquier forma de socialismo concreto hasta que las circunstancias lo permitan, y declarar que esas circunstancias no

piensa provocarlas, sino obtenerlas por la vía electoral. El equilibrio está medido en cada una de las frases de la resolución final. La definición de sus objetivos es la clásica, y ocupa el primer lugar: «la supresión del capitalismo y todas sus taras, un cambio de sociedad que asegure la liberación del hombre de todas las injusticias y de todas las opresiones; bienestar material, acceso a la cultura y a la libertad para cada uno, fraternidad entre los hombres: esto es, el socialismo. Esta sociedad nueva se fundará sobre las leyes universales del socialismo, sobre la experiencia adquirida y sobre las tradiciones y las condiciones francesas». Esta última frase que nacionaliza el comunismo y lo hace francés en esta peculiaridad está insistentemente reforzada después: el «socialismo con los colores de Francia». Insistencia requerida por las continuas acusaciones de la «obediencia a Moscú». El «socialismo francés» requerirá «la propiedad colectiva de grandes medios de producción y de cambio, el ejercicio del poder político por la clase obrera y sus aliados, la satisfacción progresiva de las necesidades materiales e intelectuales crecientes sin cesar de los miembros de la sociedad; el desarrollo continuo de la democracia y la extensión sin precedentes de las libertades, la creación de las condiciones necesarias para el desarrollo de cada personalidad». Es la respuesta a las acusaciones del totalitarismo y antidemocracia. Aun así, toda la gestión del partido comunista «reposa sobre la convicción de que el paso al socialismo sólo puede ser obra de un movimiento democrático mayoritario de la nación». ■

PALESTINA VOLVERA A EXISTIR

Los árabes y occidente

El sueño de la "gran nación árabe", que por encima de otros líderes de esta idea mantuvo principalmente Nasser en nuestros tiempos, aparece todavía tan lejano que por ahora puede calificarse de imposible: la conferencia de los jefes de estado árabes reunidos en Rabat, pese a algunos acuerdos básicos —reñidos, difíciles— no ha adelantado mucho en ese camino. Fue algo vivo durante dos siglos (aproximadamente desde el 650 al 850) y luego fue reducido, mordisqueado por otros grandes imperios hasta que rara fue la nación de occidente que no se quedó con su pedazo, grande o pequeño, visible o invisible, de lo que había sido el gran Islam que iba de la India al Atlántico. Cada colonización creó o sostuvo diversas y pequeñas dinastías, modificó las culturas con

la penetración lingüística y religiosa, acuchilló fronteras según sus convenios con otras colonizaciones, sustituyó economías naturales por otras artificiales: un desmembramiento que ha durado siglos y que al llegar la hora de las descolonizaciones ha dejado un mosaico mal avenido. Si la religión ha resistido bien (pero a costa de un inmovilismo rígido, de una falta de "aggiornamento"), el idioma no ha resistido tanto y hay una babel de coloquios y dialectos, mientras en los niveles altos de la sociedad se mantiene el árabe clásico. Imaginemos por comparación a escala española que aquí las clases cultas y ricas manejarán el latín clásico y las diferentes regiones utilizarán a nivel popular exclusivamente idiomas y dialectos, pero uno y otros entreverados de neologismos (por-

que el árabe apenas ha inventado palabras para las nuevas formas de vida, ciencia y técnica), y que esos neologismos estuviesen tomados en cada sector de una lengua extranjera que fue dominante durante algún tiempo. La colonización y luego la descolonización (según sus características: con lucha o con acuerdo, con lucha dura como la de Argelia o fácil como la de Libia) han dado la resultante de regímenes distintos, desde socialismos muy avanzados hasta feudalismos arcaicos.

Hay, sin embargo, un modo de "ser árabe", una especie de contemplación de lo suprahistórico —hacia el pasado y hacia el futuro— que son fundamentos de ese sueño de unidad. En el cual hay un componente muy poderoso: el deseo de resolver los largos siglos de humillación por parte de occidente. No se trata tanto de un espíritu de venganza por el imperio perdido como de resolver la humillación que sigue existiendo aquí y ahora: la idea de la grandeza perdida es un componente de la situación contemporánea. Una situación que acaba de hacerse más ambigua y más exaltante para ellos: el petróleo, convertido en algo más que en arma político-económica en la lucha contra Israel —Israel es un símbolo vivo de la humillación infligida por occidente; es, a sus ojos, la perpetuación del colonialismo—, la posibilidad de la riqueza.

La ambigüedad está en que esa riqueza poseída no le da todavía derecho a la riqueza disfrutada, que es la de la modernización, la de la industrialización. Decididamente, el patrón o molde para esa modernización industrial y técnica sigue siendo occidental (incluyendo en occidente, naturalmente, a la Unión Soviética: se trata aquí más que de un concepto político ocasional de un sentido de occidente como entidad desarrollada). Modernización es, por lo tanto, occidentalización: la gran técnica, la gran ciencia, la gran cultura árabe se quedó paralizada hace por lo menos mil años, y mientras el árabe clásico tiene cientos de palabras —más que sinónimas, matizadas— para designar al caballo, cientos de palabras para designar el arma blanca, no tiene ninguna para el transformador, para el avión, para la radio. Kemal Atatürk se encontró en Turquía con un desafío semejante, sobre el peso del enorme imperio bizantino, y lo resolvió con una occidentalización de superficie que no consiguió más que una tergiversación de valores de la que el país no ha salido nunca. Efectivamente, el mundo árabe está saliendo ahora de un sentido despectivo y de lucha de la occidentalización como forma impuesta de cultura por las colonizaciones —que tampoco, pese a la retórica de "misiones

civilizadoras" y "extensión de culturas" con que se justificaban, intentaron nunca realmente hacer partícipes de conocimientos— para entrar en un sistema de penetración de culturas, de adquisición de los elementos necesarios para salir de su estancamiento. Trata de hacerlo sin salirse demasiado de su filosofía de la vida, de sus conceptos universales. No le es fácil, pero no tiene otra opción (China podría haberle ofrecido otras modalidades, pero China no tiene todavía potencia industrial ni económica; su modelo, por otra parte, es el de una occidentalización, la occidentalización de la vía comunista).

Pero la nueva riqueza del petróleo tiene otras ambigüedades y otras dificultades. El petróleo no es de todos: hay países que tienen poco, países que tienen mucho, países que no tienen absolutamente nada. El mundo árabe sigue siendo un mundo de inmensamente ricos y de inmensamente pobres: la cadena que va desde el jeque multimillonario —en dólares— hasta el terrorista es una cadena rota. El mundo árabe tiene una revolución pendiente. Algunos de sus países la hicieron al mismo tiempo que la guerra de independencia, otros no. Muchos de los que hicieron la guerra de independencia se quedaron frustrados porque las clases coloniales que se fueron quedaron susti-

tuidas por clases propias, por una colonización interior. Marruecos se alzó en nombre de una democracia, de una monarquía constitucional y parlamentaria, que comenzó a darle Mohammed V —que renunció al título feudal de sultán por el de rey constitucional—; pero Hassan II, a la muerte de su padre, la convirtió de nuevo en un absolutismo, con el ejercicio fácil y frecuente de la pena de muerte para los demócratas. Libia ganó la independencia con un monarca antiguo, Idriss, y saltó luego a la revolución; Argelia fue revolucionaria desde el primer momento; Egipto fue una democracia autocrática anticomunista —pena de muerte para los comunistas—, que luego encontró una alianza en la URSS; Siria, Líbano, Irak, buscan constantemente, con mayor o menor fortuna, formas de justicia social, pero los propios justicieros están divididos entre sí; Arabia Saudita y Jordania permanecen en el feudalismo más arcaico; los emiratos del golfo Pérsico también...

Cuando los jefes de estado árabe se reúnen, sean cuales sean los temas de la reunión, como acaba de suceder en Rabat, sus puntos de vista sobre todas las cuestiones son tres: la posibilidad de que en un momento estallen las revoluciones que podrían dar una unidad real a los árabes, pero en un sentido distinto al buscado





Los palestinos representan el fermento revolucionario más fuerte del pueblo árabe: por su largo exilio, por su condición de parias, por la afinidad con grupos y países revolucionarios del mundo. Por fin, la ONU los acoge como defensores de su propia causa: Arafat, jefe de la OLP, hablará en la Asamblea general el día 13.

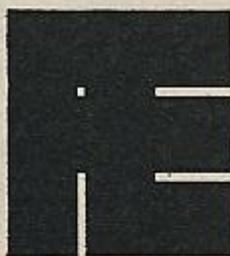
por los jefes de estado; la de que occidente llegue a lanzar una guerra general por el petróleo, como ya han advertido Ford y Kissinger, una guerra de la que Israel es la cabeza de puente, y la de que pueda haber luchas interiores entre árabes por la hegemonía y por la administración del petróleo. Todo lo demás son variaciones. El punto central que parece haber dominado esta reunión era el de las diferencias entre palestinos y jordanos, entre Arafat como jefe de la OLP —Organización de Liberación de Palestina— y Hussein, monarca de Jordania. Hace tiempo que se sabe que los estados no revolucionarios árabes, a pesar de sus declaraciones, se sienten más inquietos por los palestinos que por el propio Israel. Los palestinos representan el fermento revolucionario más fuerte del pueblo árabe (tomando a este pueblo como unidad ajena a las divisiones antes mencionadas, que son las propias de las clases de poder): por su largo exilio, por su condición de parias, por la afinidad con grupos o países revolucionarios del mundo y por la capacidad de acción clandestina que pueden desarrollar. Entre la amenaza de Ford de lanzar una guerra por el petróleo y la de los palestinos de volar los pozos y las instalaciones en caso de un pacto con Israel que fuese en detrimento suyo, los reyes y los jeques conceden más credibilidad a la amenaza palestina. Se sabe que pueden y que son capaces. Además de

esta amenaza perpetua de revolución, los palestinos son o aparecen como el obstáculo principal para la occidentalización (en este caso, en el sentido político, en el

de los pactos con Estados Unidos) que encuentran en su camino. Los dirigentes tradicionales de los estados árabes querrian ver desaparecer a todos los pales-



Hussein ha acabado aceptando la fórmula de institucionalización de los palestinos elaborada en Rabat, pero el problema consiste en saber si está realmente dispuesto a cumplir lo acordado. (En la foto, el monarca jordano con Hassan II.)



FERNANDO TORRES
EDITOR

Serie 13 x 18

CHARLIE CHAPLIN

André Bazin y Eric Rohmer

MARCUSE & Mc LUHAN Y LA NUEVA REVOLUCION MUNDIAL

Jean Marabini

De próxima aparición:

ARTISTA & DESIGNER

Bruno Munari

Serie 16 x 23

¿REIRSE EN ESPAÑA? EL HUMOR ESPAÑOL EN EL BANQUILLO

Diego Galán

Serie Plural

VENTURAS Y DESVENTURAS DE LA PRIMA ANGELICA

Diego Galán

De próxima aparición:

MESA REVUELTA

Juan Gil-Albert

Distribuye:

VISOR LIBROS

Isaac Peral, 18. Madrid-15

LES PUNKES

Pou Dolç, 6. Barcelona-2

tinios, pero sus pueblos están con los palestinos. El deseo de verles desaparecer ha estado seguido a veces por la acción contra ellos: Hussein se ha distinguido notablemente en matanzas y persecuciones. Otras veces se ha intentado rodearlos u obviarles en formas diplomáticas y políticas. Pero los palestinos permanecen.

La conferencia de Rabat ha llegado a una fórmula de institucionalización de los palestinos: la conversión de su OLP en gobierno provisional en el exilio, y el reconocimiento de que a ellos les corresponde el gobierno en el territorio liberado de Cisjordania, de Gaza. Estas tierras están todavía en manos de Israel desde 1967; solamente con que se consiguiera que [Israel] las abandonase con arreglo a las sucesivas conminaciones de la ONU, el asentamiento palestino en un hogar nacional estaría asegurado. Para Israel es un motivo más para no abandonar esas tierras ocupadas: sus fronteras con Jordania son seguras, por la complacencia de Hussein, pero unas fronteras con los palestinos serían nido de continuos enfrentamientos. Sin embargo, otros cálculos pueden considerar que el asentamiento de palestinos en una tierra propia, y de una tierra con algunas posibilidades de riqueza puede aplacar en gran parte las tensiones, y puede permitir a los palestinos tener más voz internacional. Ya la ONU les acoge como defensores de su propia causa —Arafat hablará en la Asamblea General el día 13—, y ya es posible que los palestinos participen en las conversaciones de Ginebra. Si es que los israelíes no las sabotean, como parece en estos momentos.

Esta decisión principal de la Conferencia de Rabat ha costado numerosas presiones, numerosas conversaciones extraoficiales, para convencer a Hussein de que la acepte. La aceptó finalmente, pero no hay que tener demasiada confianza en que no busque la manera de incumplirla o de continuar sus formas de ataque a los palestinos. Hussein no es hombre que se conforme a sus propias declaraciones.

La sensación final de unidad que han dado los países árabes en Rabat está muy lejos de ser una realidad con la que haya que contar para el futuro. Es un acuerdo de principio. Está pendiente de modalidades, que van a comenzarse ahora. Hussein se reunirá con Arafat, con el presidente Sadat de Egipto y con Assad de Siria, quizá en El Cairo o en Damasco, para estudiar las "modalidades de aplicación": será una reunión difícil. ■



En unas recientes declaraciones a «L'Humanité», Fidel Castro ha explicado que no tratará con los Estados Unidos, a menos que este país levante previamente el bloqueo de una manera incondicional, y que en ninguna manera traten de limitar después la soberanía cubana. (La base de Guantánamo —en la fotografía— puede ser una de las limitaciones de esa soberanía, pero Cuba no la menciona directamente.)

CUBA

Hacia el final del bloqueo

Algunas «indiscreciones» del presidente Ford parecen sabiamente calculadas para crear una cierta atmósfera en torno a Cuba, la atmósfera de que los Estados Unidos no están dispuestos a colaborar en el desbloqueo diplomático de la isla. Así, cuando dijo a su visitante Echeverría, presidente de México, que busca una posición de apertura a la izquierda para dorar los lustres perdidos en el transcurso de los años por el PRI, que puesto que Castro no ha cambiado con respecto a los Estados Unidos, los Estados Unidos no tienen la menos disposición de ánimo de cambiar con respecto a Castro. Todo parece indicar que nos encontramos con una especie de juego parecido al de China: los Estados Unidos contribuyeron a la admisión de China en las Naciones Unidas, en vista de que la corriente iba por esa vía, pero manteniendo una moción contraria (la que pretendía que Taiwan permaneciese en la ONU), y sin anudar con ella relaciones diplomáticas, que si-

guen cortadas, a pesar de la espectacular visita de Nixon. Los Estados Unidos aceptarían la corriente favorable al desbloqueo diplomático de Cuba en la Organización de Estados Americanos por no verse expuestos a una derrota de su política dura, pero votarían en contra y seguirían sin abrir sus relaciones diplomáticas con la isla, para no perder la cara. El «lobby» cubano, que es un grupo de presión de considerables millones —y no sólo por los intereses de las grandes compañías norteamericanas que fueron nacionalizadas en Cuba, sino también por el abundante manejo de fondos cubanos exiliados, muy abundantes ya desde su origen por la gran fuga de capitales que precedió a la instalación de Fidel Castro, sino muy bien movidos en los tiempos de Nixon y del banquero de la Casa Blanca, Bebe Rebozo—, mueve poco sutiles hilos de propaganda, como acaba de hacer, aprovechando la conmemoración de la «crisis del Caribe», para recordar que si la

URSS retiró sus cohetes en aquella época, no ha renunciado a tener una base importante en la isla.

La voz más audible de la oposición al desbloqueo de Cuba la llevan, como era de esperar, Chile y Uruguay. Los uruguayos han utilizado la Asamblea General de la ONU para denunciar a Cuba de ser un peligro para la pacífica sociedad latinoamericana, y especialmente para su país. Chile utiliza un lenguaje parecido de «intromisión en los asuntos internos», y se alza en la memoria de la visita de Castro a Allende y en envíos de armas, instructores y dineros en la época de la Unidad Popular; temas que no fueron secretos, sino usos de la soberanía chilena con un país que entonces era su amigo. Chile actual insiste en que Cuba sigue ayudando a la clandestinidad. Paraguay y Nicaragua corean a estos países de la oposición, mientras que Brasil, cuyos ya largos años de dictadura de derecha parece que se van decantando en una posición más moderada y más reposada en política exterior, se abstendría.

La voz favorable a Cuba la llevan ya los países que tienen relación con ella de alguna manera. México, desde luego: no cortó nunca relaciones, y su capital ha